

III

Donde se cuenta una historia con una palabra.

De aquí en adelante la historia del niño prodigio es igual en todas sus páginas.

Joselito torea en todas partes con la "cuadrilla de niños sevillanos", y, sin ayuda de amigos officiosos ni corresponsales benévolos, sale á triunfo por corrida.

La tarde grande de Joselito en Madrid, la tarde grande del toreo, el inolvidable 3 DE JULIO del presente año de remuchísima repajolerísima gracia, á medida que iba desarrollándose la corrida yo telefoneaba la reseña detallada de la misma á Rafael, que se perecía de impaciencia allá en su enfermería de Algeciras. Ibamos por el tercer toro, cuando mi amigo y ocurrente

vecino de barrera, Gabriel de Benito, me gritó oportuno:

—*Don Plo*, no escriba usted tanto. Con una sola palabra envía usted la reseña de la corrida completa y se ahorra usted el resto de los telefonemas. Ponga usted un ¡*colosal!* con unas letras muy grandes y ya está.

Pues así la historia de José durante sus primeros, infantiles, años... y los segundos, terceros, etc., etc., etc.

Todas las tardes y en todas partes ocurría lo mismo. Las revistas de sus corridas se reducían á dos palabras: Ovación y oreja.

Y su historia podía escribirse con una sola, y así quiero yo escribirla:

!!!! COLOSAL !!!!

¿Qué más se puede decir?

IV

EL COCO.

Rafael no quiso que su hermano se presentase en Madrid y en Sevilla, no obstante los deseos de conocerle que habían despertado las entusiastas referencias de cuantos le vieron en provincias, hasta que estuviese "cuajado".

Por su parte, el Benjamín de esta casa de enormes toreros, siempre que los aficionados le preguntaban: "¿Cuándo toreas en Madrid?", respondía con un buen sentido de que hay pocos ejemplos en la historia del toreo, historia de impacientes y prematuros:

—Cuando esté en condiciones. Yo no salgo en Madrid con becerros, sino con bichos de respeto, como los demás novilleros.

Y así fué. Sucedió el día 13 DE JUNIO DE

1912, jueves por más señas y para que no falte detalle.

Por la pequeñez de los novillos del duque de Tovar, dispuestos para el festejo, á poco nos quedamos sin él.

—¿Tú sabes—le dijo Manolito Pineda á José la antevíspera de la función—que me parecen chicos los toros del Duque?

—Pues no los toreamos—contestó Joselito.

—Pues vamos á ver si los queréis efectivamente con todas las de la ley—replicó Retana cuando le llamaron á la fonda para comunicarle la decisión de los nenes sevillanos.—Abajo tengo el automóvil y en San Fernando unos novillos de Olea para novilleros hechos. ¿Vamos á conocerlos?

—¿Son grandes?—preguntó José.

—Sí, señor. Tienen tamaño y arrobas.

—Pues pa nosotros.

—Sin embargo, yo quiero que los veáis.

Y los vieron y les gustaron y... Verán ustedes cómo fué, porque el hecho, punto de partida de una época nueva en la historia del toreo, debe ser recordado con todos sus detalles.

La plaza estaba llena hasta más arriba de más arriba.

Salió el segundo toro cuando todavía sonaban las palmas con que se premió la faena de

valiente que acababa de ejecutar *Limeño*, y yo escribí en mi barrerita:

“Segundo. *Escopeta*, negro, bragao, alto de agujas, larguito, bien criado, pero con menos chichas que el otro y adelantado de pitones.

Joselito el *Gallo* se arrodilla muy en corto, y entrándole despacio el toro, da un soberanísimo cambio de rodillas. (*Ovación.*) Se levanta y administra tres recortes capote al brazo, que no los mejoraría el mismo *Reverte*; y luego torea por verónicas con toda la gracia y el arte de la casa, oyendo una ovación en cada lance.

¡Ave César!

El toro es voluntario y toma cinco varas por tres caídas, dando ocasión á que los dos torerazos hagan la mar y los barcos de filigranas en los quites.

Y, señores, yo no sé cómo referirles la faena estupenda, inigualable, inenarrable, inconmensurable de banderillero enorme, que hace este crio; un par al quiebro en los medios como no se ha visto otro, y dos pares al cuarteo que son la esencia de la finura del arte fino de banderillero.

¡Y qué faena de muleta, elegante, sabia, artística, inconmensurable, la que ejecuta con esa muleta monstruo, dominando y manejando al buey como le da la gallística ganál

Cada pase arranca una exclamación estentórea en toda la plaza.

¡Qué muleta, qué arte!

—¡Fenómeno! ¡Fenómeno!—le gritan.

—¿Pero de qué es esa muleta?—le gritan en el 2.

—De goma arábica—responde *Don Modesto*.

Luego picha cinco veces, quedándosele debajo el

toro, que desarma y se encoge cuando siente el pincho, y una vez le rompe la taleguilla por la ingle derecha y otra (la primera) el chico se hace un corte con la espá en la ceja derecha, sin que se preocupe de ello.

Descabella á la primera y se va á la enfermería entre una ovación.

¡Salve, torerazo!

Eres de la casa y de la raza del mejor, del más grande torero de la época.

¡Kikiriki!

¡Viva *Gallito*!

Algo más que la lesión de la frente tenía *Gallito* cuando entró en la enfermería, pero se calló por si no le dejaban volver á salir. Hasta que estuvo en la fonda y vió entrar á Manolito Pineda, su apoderado, no dijo nada.

—Estoy lastimao ó jerío en la ingle, Manolito; que avisen al doctor Mascarell—dijo.

—¿Pero, muchacho, cuando ha sido?

—En el primer toro.

—¿Y por qué no lo dijiste en la enfermería?

—Por si era cosa de que no me dejaran salir. Y tampoco quiero que se diga ahora nada á nadie, para que no lo sepan en Sevilla y no se asuste mi madre.

Cuando el doctor Mascarell le reconoció, encontró que tenía un fuerte varetazo en la ingle, que le producía dolores y le obligó á permanecer quieto un par de días.

Al siguiente de esta memorable corrida yo escribí un artículo, que ha de permitirme el lector que reproduzca, y hasta encontrará luego justificado que lo haga.

Decía así:

HA RESUCITADO "LAGARTIJO".—¡Josú, Josú y Josú, con la criatura que hemos visto ayer!

Señores que me comiais la figura, y ya ibais bien alimentados, cuando yo protestaba contra las embustrias admitidas por ignorancia ó dejadez como oro de ley, ya no podéis negar la verdad.

—¿Ha visto usted qué *Gallito*?—me decían muchos aficionados al salir ayer de la plaza.

—Á quien he visto ha sido á *Lagartijo*, al propio Rafael Molina, el grande, el inmenso, el Califa. Desde esta tarde creo yo en la trasmigración de las almas.

Y la de Abderramán Molina no podía aposentarse en otro cuerpo que el de este torero de raza, de predestinación.

¿Qué tienen en la sangre estos *Gallos*? Gran torero su padre, gran torero Rafael, gran torero Fernando, gran torero Joselito, y no hay más porque el señor Fernando (q. D. h.) no tuvo más hijos.

¡Caballeros, qué raza!

Y no es que desde que nacieron hasta la hora presente no hayan oído hablar en su casa de otra cosa que de toros, ni ellos hayan tenido otra preocupación que esa. Esto daría en todo caso afición; pero ¿y la gracia, y la elegancia, y el arte, y la inspiración?

Eso es cosa que se lleva dentro y no se adquiere en ninguna Universidad del mundo. Esos *Gallitos* son artistas desde que nacieron.

Yo le pregunté á Rafael cierta vez cómo se había hecho Joselito:

— El toreo es una cosa que le ha nacido con él— me contestó.

Ayer se quedó el público asombrado ante el fenómeno.

Fué una revelación y una revolución.

El primer lance que ayer 13 de Junio de 1912 dió en la plaza de toros de Madrid el espada Joselito el Gallo, fué el punto final y definitivo de una mala época del toreo y la letra mayúscula victoriosa con que empieza una nueva.

Se acabaron las ventajas, las conveniencias y las mentiras. ¡Paso á la verdad! ¡Paso al arte!

Los aficionados imparciales vieron ayer claro. Á los que tienen filiación política, les sorprendió tan de improviso la verdad, que no tuvieron más remedio que rendirse.

¡La de bajas que hubo ayer en las agrupaciones militantes! Públicamente se proclamaron algunas.

Con este nene, si no se nos malogra, que no se nos malogrará, volveremos á los buenos tiempos del toreo.

¿Ustedes no vieron las cosas que borró ayer?

Y sin género. ¿Qué va á pasar el día que le salgan toros bravos?

Tiene Joselito la misma ciencia, igual dominio del toreo que su hermano Rafael. Está en la plaza como pudiera estar en la comodidad del patio de su casa oyendo las discos de Titta Ruffo y "La niña de los peñes", que su hermano Fernando no hace más que quitar y poner en el gramófono. Maneja á los toros como le viene en gana y los lleva y los trae sin darle importancia; es elegante; es bien plantado; parece indolente, y

en esa indolencia está su mayor gracia. ¡El árnica y las gasas que esa indolencia va á costar!

Como un buen maestro á los chicos de su escuela, él domina á los toros.

¿Que no quieren ir por donde á él le place? Pues él los guiará un momento por donde ellos desean y, en cuanto los haya así engañado, su capote mágico los llevará á donde le venga en gana.

Sumen ustedes á eso la gracia en los movimientos al torear, aunque en esto no llega á su hermano; una elegancia natural, una suprema distinción, un saber y un *sentio* de las cosas de los toros, como no lo tienen muchos veteranos, y tendrán un pequeño apunte de esta figura taurina que ayer se irguió gigantesca ante nosotros.

Para hablar de las cosas que hizo ayer Joselito, la gente tuvo que remontarse á las más grandes figuras de la tauromaquia.

—Desde *Guerrita* acá...

—Vea usted ese par al cambio. ¿Quién que no fue se *Lagartijo* ha puesto otro igual?

—¿Y esa muleta, no tiene el mismo mando, igual pajolera gracia que la de su hermano Rafael?

¿Quién nombró á los otros?

¿Quién siquiera se acordó de ellos?

¿Cómo quiés contimparar

Un charco con una fuente?...

Lagartijo ha resucitado.

Ha llegado la hora de cubrirse en las apuestas.

¡Niños, que viene el coco!

Amable lector, perdona que te haya servi-

do el precedente refrito. Era necesario, no para lucir primores de estilo, ¡pobre de mí, sino para parar los pies á unos cuantos gallistas de la última hornada que cuando, cansados y roncós de gritar por ahí: "¡Los Gallos, no. Joselito, no!", vencidos y convencidos, no han tenido más remedio que bajar humildemente la cabecita y confesar contritos su error, tienen ahora el atrevimiento de afirmar *coram populo* que ellos vieron y previeron el triunfo de los Gallos, á quienes siempre consideraron como la piedra angular del toreo, y que lo que hizo este pobre revistero defendiendo durante tanto tiempo y completamente solo contra todos á Rafael, primero, y á José después, no fué ni más ni menos que un albur jugado valientemente y ganado por pura casualidad... con lo cual no echan de ver que dejan muy malparada la sabiduría de que presumen, que no les sirvió para ver una cosa tan sencilla que supo adivinar este revistero sin conocimiento ni noticia de los toros, según ellos.

El juicio que á la inmensa mayoría de la afición mereció Joselito está sintetizado en las siguientes líneas que escribí pocos días después:

"SEÑORES, AYER SE HAN PRESENTADO EN EL RUEDO DE LA PLAZA DE MADRID UNAS TIJERAS DE CORTAR COLETAS."

Háganme ustedes el favor de no olvidarlo.

Pero esta manera de ver á Joselito, ¿era ilusión, ó predisposición gallística mía?

Nada de eso. El mismo efecto que á mí les produjo á todos los revisteros el *debut* de la criatura. De cuanto entonces se escribió con este motivo, yo voy á complacerme en copiar lo que durante la corrida, obedeciendo á la impresión del momento, y al día siguiente, con mayor reposo y serenidad, escribió el revistero que hoy figura como el más encarnizado enemigo de José y portaestandarte del agonizante fenomenismo.

En la plaza y durante la lidia del segundo toro de aquella corrida, trazó este hombre las siguientes líneas, que también conviene que no olviden ustedes:

"Segundo. *Escopeta*. Negro, bragao, gacho y de precioso tipo.

Gallito se hinca de rodillas, espera valiente, cambia como su padre... se levanta, da tres superiores recortes capote al brazo, doblando la cintura en el pitón; da dos verónicas superiorísimas y remata la cosa un recorte magistral.

¡Este! ¡Este!

... *Gallito* torerísimo y *Limeño* valiente, se llevan las palmas del concurso.

¡Señores, ¡qué *Gallito*!

Yo no soy sospechoso. Yo creo, lo digo como lo

siento, que su hermano no torea, no mata en general; pues bien, YO JURO AQUÍ QUE CREO QUE NOS HALLAMOS EN PRESENCIA DE UN FENÓMENO TORERO. ¡PALABRA!

¿Eh, qué tal?

Pues todavía al día siguiente remachó el clavo escribiendo un artículo que puede verse en la cuarta plana de su periódico, y en el que se lee lo siguiente:

Pues agárrense ustedes, á mi Joselito I, Gallito, EL ÚNICO, me parece un fenómeno torero, así, ¡un fenómeno!

Ya por fin apareció el Mesías, que los fieles taurinos esperábamos!

El artículo llevaba además este expresivo título:

“¡YA APARECIÓ EL MESÍAS!”

¡El Mesías! Pero entonces, ¿quién era y qué hacía *Bombita*, su *Bombita* de ustedes?

¡Qué fuerza tiene la verdad y cómo, cuando llega la ocasión, se escapa contra la voluntad de sus carceleros, sin que valgan cerrojos, rejas ni guardias!

Y ahora agárrense ustedes, y bien fuerte: ¡Á los pocos días, asustaditos de lo que habían hecho y dicho rectificaron, y todos los entusiasmos se vinieron á tierra, dejando muy mal parados la serenidad de sus juicios,

juicios, el acierto de su ojo clínico y su diploma de aficionados buenos que ellos se creen.

Ya no era Joselito el Mesías ni siquiera el Anticristo, ni menos un novillero valiente, ni casi casi una zapatilla en mal uso, ni sus aciertos fueron aciertos, ni tenían realidad los ruidosos triunfos que testimoniaba la admiración del público llenando la plaza enardecido y jubiloso en Madrid, en Sevilla, en Valencia y en todas partes los días que toreaba...

—Pero ¿por qué aquel entusiasmo y este cambio, si las cosas no lo habían sufrido y la persona y la categoría de gran torero de Joselito, que desde el primer momento descubrieron con seguro golpe de vista los aficionados imparciales, se afirmaba y crecía á cada corrida?— preguntará desorientado el lector.

Sencillamente, amigo mío, porque el primer movimiento en favor de Joselito fué clara é innegablemente un movimiento antigallista. Había que acabar con Rafael; era cuestión de amor propio y de necesidad concluir con Rafael... ¿Qué mejor instrumento que José?

¡Maquiavélicos!

Mas cuando vieron que Rafael permanecía inmovible sobre la firmeza de los bien asentados cimientos de su fama y que lo que vacilaba y estaba á punto de desplomarse era

el otro templo, el de los dogmas heréticos, arrojaron los turibulos y corrieron desesperados á formar el cuadro ante su iglesia en ruinas para evitar el derrumbamiento definitivo.

¿Recordáis todas las cosas que *Don Modesto*, el joselista de ahora, Saulo taurino, escribió entonces?

Paso á paso, más con intenciones de enemigo que con curiosidad de aficionado y crítico, lance á lance fué siguiendo *Don Modesto* á *Gallito* para deducir de cada uno la incapacidad del muchado para el oficio.

Paso por paso y lance por lance Joselito le ha ido venciendo en todas sus posiciones, le ha derrotado en toda la línea, y ahora, en lugar de declararlo sinceramente, se deja dominar por el maldito amor propio, al que pide ayuda para hacer la última plancha diciendo que no es él, el vencido, sino Joselito, el vencedor, quien ha rectificado. Vamos, que de repente, por obra de birlibirloqui, de un torero tan mediano, tirando á malo como era el Joselito de los bombistas ha surgido el torero asombro para el que el ingenioso cronista de *El Liberal* ha tenido que inventar una categoría nueva y superior á todas las discernidas por él: *Bombita*, papa; Joselito, papa-rey.

Desde que Joselito presentóse en la plaza

de Madrid se entabló una interesantísima batalla entre el periodista y el torero,—*a tout seigneur tout honneur*—que constituye una de las páginas más pintorescas y animadas del toreo moderno.

El primer pero que puso á los “niños sevillanos” *Don Modesto*, el *Don Modesto* que declaró primero catedrales los becerros belmontinos y luego lícita y peligrosa la lidia de toros sin cuernos, respeto, carnes ni edad, fué el de que los toros que toreaban eran chicos.

Se le demostró con el peso, y además lo vió el público que no estaba en lo cierto, y cambió de disco, aunque sin abandonar éste del toro. Puso en revolución los siete mil gatos rabiosos y la batería de cocodrilos que guarda en la barriguita para las ocasiones solemnes, y que como ahora no se los preste á Dato va á tener que licenciarlos, y pidió lo que nunca se ha pedido ni pediría nadie á ningún torero en la plenitud de sus facultades, cuanto más á unos chavalillos de diez y siete años.

Limeño y Gallito deben torear ocho toros, demandó el cronista de *El Liberal*.

—Que nos pongan ocho toros—contestó Joselito en cuanto le leyeron el artículo. *Don Modesto* no va á poder más que yo. Tarde ó

temprano ha de ser de mi partido, conque cuanto más pronto se convenza mejor.

Y se dió el caso, absolutamente nuevo é inverosímil, más inverosímil en estos tiempos en que los fenómenos se niegan á torear las corridas de seis toros si no se ponen tres espadas, de que dos rapaces de diez y siete años se encerraran una tarde en la plaza de Madrid con ocho toros. Pero ¡con qué toros!

Por ochenta mil doscientas treinta y nueve razones y media, hubiera estado justificado que los muchachos eligiesen para tan dura prueba unos toritos afables, de esos que los astros de seis mil quinientas y siete mil pedían á diario para justificar la categoría. Pero no fué así, y, en vez de unos toritos andaluces de la clase de suaves y pastueños, se liaron con seis animalitos de la ganadería pavorosa de don Felipe de Pablo Romero—esos pablorromeros que estaban entonces proscritos de los contratos de cierta figura de primera fila; de Pablo Romero el compañero de Miura en lo de huirle el bulto á sus corridas los toreros—y con un torito de Aleas—así, de ganadería suavecita,—y otro de Trespalacios.

Era una enormidad, porque corría el riesgo cada chiquillo de tener que cargarse toda la

corrida si por cualquier accidente desgraciado el otro espada pasase á la enfermería; pero ellos estaban decididos á que nadie los discutiese más y á no marcharse de Madrid sin haber triunfado en toda la línea.

¡Y cómo estuvo José, “el novillero sin cuajar,” como decía la pecadora pluma de Lomal

En el segundo toro, por haber pasado lastimado á la enfermería *Limeño*, hizo José cinco quites diferentes, artísticos, inmensos, como si estuviera enterado de estas cosas, y luego, tras una faena monumental, enorme, de torero sabio, valiente y artista, con toda la salsa de la casa de *Gallito*, la sede del toreo, dió una estupenda estocada en todo lo alto, metiendo hasta el séptimo apellido del tatarabuelo del tatarabuelo de su segunda tatarabuela. Fué tan colossal todo aquello, que por primera vez flamearon en Madrid, imperiosos, los pañuelos pidiendo la oreja para este acreditado almacenista de tales apéndices, ganándose el presidente una bronca por no acceder á los deseos de la multitud.

¿Creen ustedes que con eso se le calmaron los gatos al gonfalonero del bombismo?

Pues á los dos días salió diciendo que ¡miaul, que ver para creer; que él quería ver á Jo-

selito con miuras de los que asustan y hacen juir.

—Vaya por los miuras—contestó José.— Que nos los traigan, y á ver qué tripita se le rompe luego.

—Esto de los miuras debe ser una cosa definitiva para atemorizar á la gente—me dije yo—y curioso por comprobar los grados de miedo del chiquillo, me fui la mañana de esta corrida á verle á la fonda... y me lo encontré "muertecito de pavor" silbando y saltando. Para disimular sin duda.

—Don Pío—me dijo en cuanto me vió.— ¿Vámonos á dar un paseo?

—No, muchacho, que te conviene estar descansado.

—¿Para qué?

—Para torear esta tarde. Te espera una corrida dura.

—Pues verá usted lo que tardamos en comérmola.

Y nos fuimos de paseo, y como unos isidros nos retratamos en un periódico, él, Borrás y yo, y estuvimos de chirigota toda la mañana.

—Pero chiquillo, ¿no tienes que torear miuras esta tarde?

—¿Y por eso me voy á poner triste?

—Á mí no me la das—dije yo para mí;— todo esto es comedia.

Y á la hora de comenzar á vestirse, cuando yo salí del periódico camino del almuerzo retrasado de todos los días, me presenté en el hotel á sorprenderle, y sin avisar entré en su cuarto.

El torero, "muerto de miedo", estaba sorteando á su mozo de espadas, saltando por la cama y derribando sillas con gran desesperación del pobre Caracol, á quien rendía el ir y venir del chiquillo.

—Dígale usted que se esté quieto.

—Mírale usted—contestó Joselito subido en la cama y haciéndole burla.—Tiene más miedo que si fuese á torearlos él.

—¿Y no es natural?

—No zeñó, que no es naturá.

Bueno, pues después de haber lidiado la corrida de los miuras, que fué la última que en Madrid toreó de novillero José, de haber quedado como en las anteriores superiormente; de haberle visto luchar en los cuatro festejos con una desesperante colección de mansos de los que el chiquillo hizo cuanto le vino en gana; de haber admirado á todo el mundo con sus dotes de director de lidia y con la disciplina de su cuadrilla; de haberle visto torear solo,

absolutamente solo todos sus toros; después de haber demostrado palpablemente su conocimiento de las condiciones de las reses y su buen discurso para apoderarse de ellas, dominarlas y vencerlas; después de haber dado inequívocas muestras de su resistencia física lidiando con *Limeño* una corrida de ocho toros y otra de Miura; después, en fin, de haberle proclamado la afición en masa como lo más extraordinario que se ha visto en el toreo, el gacetero bombista salió diciendo que los toros que había toreado Joselito eran unas chotas indecentes, con la misma razón con que había de decir luego que las chotas indecentes de otro torero eran unas catedrales pavorosas, y declaró solemnemente en *El Liberal* y *Nuevo Mundo*, que la alternativa de José era muy prematura porque el niño no estaba todavía cuajado y carecía de condiciones físicas. Lo menos cuatro ó cinco años necesitaba por lo visto para doctorarse... Los mismos que le hacía falta á *Bombita* estar sin este nuevo competidor, porque lo de las tijeras de cortar coletas era una cosa ¡ay! que estaba en la conciencia de todos; de todos, hasta de los que menos debieran creerlo.

Naturalmente, Joselito no hizo caso y siguió su camino, toreando todos los días en las

más distantes plazas, saliendo de una para ir vestido de luces á tomar el tren para torear en otra... por lo mismo que era un caso de debilidad manifiesta, y así llegó hasta el día de su alternativa que debió ser en Madrid, pero que no fué en Madrid...

Permitanme ustedes que doble la hoja y pasemos al capítulo siguiente.

«¡Á esos! ¡Á esos!»

La "afición" descubrió y estimó en Joselito desde el primer día cualidades extraordinarias que hacían fáciles los más felices augurios.

Tenía las gallardías y arrestos de la juventud y la experiencia, el reposo y el saber de la vejez.

—Es—se dijo en seguida de él—un gran torero de cuarenta años en el cuerpo de un chiquillo de diez y siete.

Perdido casi en absoluto desde la retirada de Mazzantini el orden y la disciplina en la lidia, volvían á reinar en la plaza bajo la dirección de este chiquillo que, como Napoleón á su edad, tenía el instinto, la autoridad y la sugestión del mando. Cansados de ver desgañi-

tarse á todos los toreros gritando "¡Fue-
ra!" á sus peones sin que éstos, presumiendo
de sabios, les hagan el menor caso, llamó gran-
demente la atención de los aficionados la disci-
plina con que los toreros obedecían á Jose-
lito, y la seguridad con que dirigía la lidia.
No eran movimientos y evoluciones capricho-
sos los que ordenaba: "Ahora vamos á ir por
aquí á ver si más allá suena la flauta", no; todo
cuanto bajo su dirección se hacía era produc-
to del cálculo é hijo de su conocimiento de los
toros y el arte de lidiarlos. Porque lo más
grande de cuanto á Joselito se le vió hacer, lo
más temible de cuanto en él se adivinaba, era
que venía á enseñar á los aficionados que aún
lo ignoraban, el arte de lidiar toros; era que ve-
nía á hacer afición.

¿Cómo no habían de tenerle miedo?

Viósele tan enterado, en fin, tan dueño de sí
y tan poderoso con los toros, que todos los afi-
cionados, excepción hecha del bombismo rabio-
so poseído de un miedo cervical al coco que aca-
baba de presentarse, estimaron al chiquillo no
sólo en disposición de tomar la borla, sino de
desempeñar la cátedra más difícil y significada
del doctorado.

Cuando la esponja inexorable del tiempo
nos haya borrado á *Gallito* y á cuantos le he-

mos visto, los aficionados que lean lo que ahora
se escribe, si para entonces queda afición y no
se ha llevado Joselito las llaves del toreo, aco-
gerán las crónicas taurinas de esta época dedi-
cadas á *Gallito* con un gesto de incredulidad.
Tan inverosímil es el caso de esta criatura, que
todavía un niño, antes de entrar en quintas, ha
llegado á lo que fué apogeo de otros toreros en
plena madurez, y se ha calzado los entorchados
de capitán general, sin que nadie pueda discu-
tirle la categoría.

Al éxito definitivo de Madrid sucedió el de
Sevilla, de cuya plaza salió Joselito en hombros
y fué así conducido hasta su casa la primera
tarde que allí toreó. En la segunda, fué tal el
entusiasmo del público, que "al terminar la co-
rrida la policía rodeó á *Gallito* para evitar que
le estrujaran los miles de espectadores que se
arrojaron al ruedo para sacarle en hombros.

„Los guardias no pudieron resistir el ímpetu
de la muchedumbre, y *Gallito* salió en hombros
de la plaza; pero en vez de llevarle á su casa,
los capitalistas le pasearon antes por toda Sevi-
lla, seguidos de un numeroso grupo de gente,
que le aplaudía y aclamaba sin cesar" (1).

(1) Remito al lector, deseoso de mayores detalles de la historia
de los sucesos gallísticos de los dos años anteriores, que con el
actual constituyen la brillante página de los tres años grandes del

Y no obstante, *Don Modesto* y los "donmo-destistas" seguían erre que erre en que el muchacho no debía tomar la alternativa; que era prematura; que no estaba *cuajao*.

Afortunadamente José había aprendido por experiencia familiar lo poco que un *Gallo* debe preocuparse de las campañas de prensa. Los que no habían podido en tantos años con Rafael, ¿iban á poder en dos días y medio con su hermanito?

—Anda que si ahora no queréis ir conmigo, ya me vendréis á buscar—debió decirse entonces.

Y el 28 de Septiembre del mismo año 1912, en Sevilla, á los diez justos, día por día, de haberla tomado su hermano en la misma plaza, recibió de manos de Rafael la codiciada, honrosa y discutida borla doctoral con toros de Moreno Santamaría; y tres días después confirmó sus grados en Madrid en una corrida de seis toros de Veragua y dos de Benjumea, en la cual dió Vicente Pastor la alternativa á *Vázquez II*.

toreo á tres completos libros, á saber: «*Gallito III*», novillero en 1912, por *Patillitas*, prólogo de *Lattguillo*; y *El mejor torero*, el «*Gallo*»; y *Los «Gallos» y los «Bombas»*, cinematografo taurino, por *Amarguras* y *Gazul*, en donde encontrará un completo arsenal de minuciosos datos que aquí no tienen cabida.

Y aquí empezaron á zumbiar de firme el pandero. Como antes con su hermano Rafael, hicieron ahora con *Joselito*.

Alguna vez las injusticias del partido enemigo hicieron vacilar á José, que desde que tomó la alternativa apodóse *Gallito*, usando Rafael el apodo de *Gallo*; pero esto fué efecto pasajero, atolondramiento producido por el ruido hecho á su alrededor, del que pronto se repuso.

Tenía la compañía de los buenos aficionados, de casi todo el público, ¿qué falta le hacía lo demás?

Mientras los otros gritaban, él con el toro en el ruedo, y con los espectadores en el tendido. ¡Y vengan galeradas!

Entonces, viéndose perdidos, entró la demoralización en las filas enemigas.

É inventaron un torero.

Tú que no puedes, llévame á cuestras.

No hay nada, sin embargo, que deba asombrarnos en esta actitud perfectamente ajustada á la lógica. ¿No habían inventado y sostenido á *Bombita* durante tanto tiempo? Pues con repetir ahora la suerte, en paz y tan felices.

Belmonte fué para el antigallismo el arroz con que habían de merendarse á los *Gallos*. Sólo que los *Gallos* estaban muy duros y

como no pudieron comérselos, tuvieron que decir con el famoso sujeto sevillano ó que por Sevilla se pasea:

—¡Ni con arrosss! ¡Ni con arrossss! ¡Ni con arrosssss!

¿Pero quién era el arroz *bomba* de la paella antigallista?

Permítanme ustedes que continúe ahora por el camino que llevaba, que luego nos encontraremos todos en el otro.

No es cosa de seguir minuciosamente uno por uno los incidentes de la accidentada campaña de 1913. El auditorio estará cansado y nosotros también. Abreviemos, pues, señores, como dicen los oradores que no aciertan á concluir nunca, y plantémonos de un salto en la alegre feria de Serva la bari, punto inicial de la última y descomunal batalla que el bombismo daba al gallismo.

Antes de que entrase en fuego la artillería belmontista, con la que hasta entonces en realidad no se había hecho otra cosa que amagar, quiso el bombismo jugar una nueva arma cuyo empleo nadie pudo explicarse y menos en tales circunstancias, sino por un movimiento de ciega é irreflexiva soberbia.

Nos referimos á la aparición en calidad de estrella de Manolo *Bomba*. Manolo *Bomba*,

que hasta entonces, y á pesar del valimiento de su hermano, no había podido pasar de torear contadísimos número de corridas al año, surgió en la feria sevillana de Abril con todos los honores de un torero de *primerísima* categoría, y lo echaron á luchar con Joselito. ¿No tenía Rafael *Gallo* un hermanito toreando? ¿Pues por qué no había de tener otro Ricardo *Bombita*?

Lógica.

El caso es que el muchacho estuvo valentón en las dos corridas que toreó en la feria famosa, y aunque no eclipsó á nadie, ni creo yo que él lo pretendiera, llenó su puesto y se colocó en condiciones para lo que luego se verá.

En aquella feria Rafael el Único fué más que nunca *Gallito*. En la primera corrida ejecutó con un toro colorado de Santa Coloma la mejor faena de muleta que se ha visto en Sevilla. Acaso el juicio más expresivo que de ella se hizo fué, según contaron por allí, el que formuló Belmonte contestando á un amigo que le pidió su opinión sobre aquella maravilla:

—Chiquillo, yo he llorao.

Después, con los miuras y urcolas, se volvió el cuadro.

¿Pero qué tiene este *Gallo*, qué le pasa á este *Gallo* que así cambia de un día á otro?—preguntaban rabiosos los aficionados.

¿Qué ha de tener? Que no tiene rival, y como los toreros necesitan un competidor á quien disputar los aplausos y con quien pelearse, y el rival del *Gallo* no puede ser más que el *Gallo*, "no teniendo á quien vencer, venci6se 6l mismo".

Luego, en la 6ltima corrida, tuvo el *Gallo* su desquite... y su mayor derrota. Había toreado toda la tarde admirablemente.

Á su primer toro le muleteó con pases de pecho, naturales, ayudados y de molinete, y otros magnificos rodilla en tierra, tocando los pitones y separando las banderillas con las manos entre estruendosos aplausos. Al igualar el de Benjumea, Rafael, entrando desde cerca y con gran rectitud, atizó una estocada contraria hasta la mano, saliendo el toro muerto de la muleta y oyendo el artista una estruendosa y merecida ovación.

Y llega el sexto toro de esta memorable corrida, y el *Gallo* le muletea desde cerca muy valiente, sobresaliendo un gran pase rodilla en tierra, quedándose en esta postura en la cara del toro el tiempo suficiente para que le hagan un retrato de exposici6n, mientras el pueblo se deshace las manos aplaudiendo. Da luego media estocada alta y tendida, otra después de igual clase, que le pitán; intenta el descabello

cuatro veces, Y EL PRESIDENTE LE ENVÍA EL PRIMER AVISO Á LOS SIETE MINUTOS Y EL SEGUNDO Á LOS OCHO.

—¿Pero es que aquí no rige para los avisos el mismo tiempo que en la plaza de Madrid?—le pregunté á mi vecino de barrera el se6or Medina Garvey.

—¡Rafael, que te han dado el segundo avisol—le advierte al *Gallo* su hermano Fernando.

—¡Andal

Entonces Rafael procura acabar de cualquier modo y larga dos metidos en los bajos. Pero antes de que caiga el toro, Á LOS DIEZ MINUTOS DE FAENA ordena el presidente la salida de los mansos, que no se llevan el benjumea porque el cachetero lo apuntilla. Algunos periódicos locales atacaron al presidente por no haber cumplido el reglamento, anticipándose á dar los avisos. Una pe6a de aficionados firmó una protesta: en otras se aseguró que era cosa sabida desde la vispera y que se había comentado en cierto círculo sevillano que al *Gallo* le echarían aquella tarde un toro al corral.

Lo que sí se supo luego positivamente es que durante la corrida había sucedido otro hecho inaudito: Tres de los toros de Benjumea, los de mejor nota, que habían correspondido por sorteo á los *Gallos*, salieron para los *Bom-*

bas, y por consecuencia los de éstos habían ido á la jurisdicción de los *Gallos*. El hecho fué comentadísimo en Sevilla; el apoderado de los *Gallos* tuvo una escena fuerte con el ganadero...

Á pulso, con las uñas y con los dientes, tuvo Joselito que sacar los aplausos en aquella feria. De tres corridas en que tomó parte, dos fueron duras, la de Urcola, que no quisieron los *Bombas*, y la de Miura. Las mejores faenas de estos tres festivales fueron las suyas; hizo quites lucidos, banderilleó, como él sabe, mostró constantemente los mayores deseos de agradar y ser aplaudido, y á cada toro era más dura para él la pelea. Estaba toreando el último día, valiente como un jabato, á un toro que se había refugiado en las tablas, y un espectador del tendido le gritó:

—¡Hay que arrimarse, niño; hay que arrimarse!

—¿Qué no m'arrimo, ¡mardita sea!, que no m'arrimo?—dijo saltándosele las lágrimas de rabia.—¡Ahora verás tú!

Y dando un pase se metió en los cuernos, se agarró á uno de ellos, y se volvió al tendido preguntando rabiosete:

—¿M'arrimo ú qué?

Nunca lo hubiera dicho. ¿Pues no se molestaron los señores? Gracias á que el resto

del público impuso silencio con sus aplausos.

Su faena en el último toro, un mansote con el que era imposible el lucimiento, fué tan lucida por lo valiente, que, al caer el bicho, la multitud se arrojó al redondel, cogió á *Gallito* en hombros y lo paseó por la plaza, galardón sólo á él concedido aquella feria.

Se había salvado el honor; pero fuera esperaban prevenidos y cada vez más desesperados los enemigos.

Prescindiendo de la faena monstruo de Rafael el primer día, de la que hiciera con el primer benjumea de la última corrida, callándose la arbitrariedad presidencial, y olvidándose de los triunfos de Joselito, la prensa bombista se apresuró á esparcir por todas partes á tambor batiente la nueva de la derrota de la familia *Gallito*.

Durante muchos días, el accidente de Rafael fué objeto de comentarios y chirigotas de todas clases por parte de las plumas bombistas. Rafael había sufrido una luxación en la muñeca, que le obligó á pasar á la enfermería y le tuvo sin torear una quincena, y esto fué un motivo de vaya y chacota. Cayeron sobre los *Gallos* como lobos hambrientos sobre un rebaño. Claro está que Joselito no tenía nada que ver en aquella derrota; él había sido el torero

que mejor había quedado en la feria, pero... á lo que estamos, tuerta. La ocasión de arrollar á los *Gallos* á fuerza de galeradas se había presentado y no era cosa de desperdiciarla. En realidad sólo uno podía suponerse derrotado: pero como estorbaban los dos...

No nos bastaría otro tomo como éste, si fuésemos á copiar cuanto entonces se escribió y telegrafió apropósito de los *Gallos* y de su debacle definitiva é irremediable.

El *Gallo*, como si á él sólo le hubiesen echado un toro al corral, afligido por tan tremenda, inigualada y nunca vista derrota, abominaba del mundo, é iba á meterse fraile; el *Gallo* había perdido la salud; el *Gallo* se cortaba, vencido, fracasado —¡riquiños!,— la coleta; la empresa sevillana había ido á casa del *Gallo* á notificarle, abintestado, que decía el famoso picapeitos, su expulsión *ad perpetuam* de la Plaza sevillana, arrojándole despreciativamente á los pies su contrato y el del maleta de su hermanito, roto en dos mil ciento noventa y nueve pedazos... Y por ahí, la mar, los barcos y los peces.

Y un lorito del Paraguay, como dice Julián Echevarría.

Y cuando la caldera estaba más cargada estalló la bomba final: El *Gallo* se había vuel-

to loco. ¿Habían visto ustedes qué cosa más graciosa? Y como si se tratase de un caso de risa, se daba la noticia jocosamente, añadiendo á una crueldad otra.

No comentemos, no comentemos.

Las cosas no podían presentarse mejor para *Bombita*. A nada que hiciese, apoteosis segura y otra vez al primer puesto.

La esperada ocasión que no se presentó el 24 de Abril en Madrid surgió el 1.º de Mayo. Todavía me zumban los oídos. Se lidiaban toritos de Trespalacios. Cuadró el primero después de una faena regular de *Bombita* hecha con intervención peoneril, lió el de Tomares, arrancó, como luego se dirá, metió media por las agujas que tiró al toro patas arriba, y...

No quieran ustedes saber las que me dijeron... Como si yo tuviese la culpa de que *Bombita* no hubiese matado bien en todos los días de su vida.

Bronca como aquélla no se la han dado... ni al *Gallo* los días peores, que mire usted que le han chillado un poco... que nos han chillado.

—¡Siete años, siete años discutiendo lo indiscutible!— gritaba detrás de mí todo indignado cierto revistero bombista y amigo mío.

—Usted lo dice—le contesté yo— ¡Siete años ha necesitado para dar una estocada buena!

—¡Que no es buena!—me interrumpió mi amigo Joaquín Ruiz, que á mi lado tiraba de placa.

—¡Que no es buena,—me dijeron otros fotógrafos vecinos—porque se ha ido!

—Con todo, á mí me lo ha parecido y lo digo.

—¡Tila! ¡Tila!—me gritaban unos guasones del 3, devolviéndome el grito con que yo irritaba á los antigallistas cuando se metían sin razón con el *Gallo*.

Hasta creo que se llegó á pedir mi cabeza, y hubo exaltado que habló de bajar á rebanarme la barriga... y no le perdono que luego se arrepintiera. Con lo que me estorba y molesta...

Y á todo esto, comenzaron á correr por los tendidos, salidas no sé de dónde, aquellas postales horribles del *Gallo* en el urcola de la última feria de Sevilla.

¿Quién las llevó? ¿Quién preparó, de quién fué la idea de esta propaganda al revés? ¡Ya se gastaría unos perros en tarjetas!

Total, que el *Gallo* era cosa definitivamente

muerta ¡al fin!, y que yo tenía que ir pensando en meterme fraile.

Sólo que como ni al *Gallo* le tiraba el sarcófago ni á mí el convento, por ser cosas muy aburridas, decidimos quedarnos un ratito en este mundo mundillo.

¡Y á ver qué pasa!